

Los feminismos y lo meramente material: una aproximación al problema desde algunos aportes de las teorías *queer*, los nuevos materialismos y el feminismo materialista francófono

Fiorella Guaglianone. Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER) (Argentina)
Recibido 19/01/2023

Resumen

Este trabajo indaga en algunas discusiones alrededor del problema de la materia, marcando puntos de encuentro y divergencias entre algunos elementos presentes en las teorías *queer*, los nuevos materialismos y el feminismo materialista francófono. Más específicamente, se preguntará por qué consecuencias teóricas y políticas podrían tener las diversas conceptualizaciones de la materia y lo material en las elaboraciones de cinco referentes indiscutidas de esas corrientes de pensamiento: Judith Butler, Paola Tabet y Nicole-Claude Mathieu y Elizabeth Wilson y Jane Bennett.

Palabras clave: neomaterialismo, feminismo materialista, teorías *queer*.

Abstract

Feminisms and the merely material: an approach to the problem from some contributions of queer theories, new materialisms and French-speaking materialist feminism

This paper investigates some discussions around the problem of matter, marking points of encounter and divergences between some elements present in queer theories, new materialisms and French-speaking materialist feminism. More specifically, it will ask what theoretical and political consequences the different conceptualizations of matter and the material could have in the elaborations of five indisputable references of these schools of thought: Judith Butler, Paola Tabet and Nicole-Claude Mathieu and Elizabeth Wilson and Jane Bennett.

Key words: New materialisms, Materialist feminism, Queer theories.

Los feminismos y lo meramente material: una aproximación al problema desde algunos aportes de las teorías *queer*, los nuevos materialismos y el feminismo materialista francófono

Fiorella Guaglianone. Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER) (Argentina)
Recibido 19/01/2023

§ 1. Introducción

Durante un tiempo largo, las discusiones sobre la materia en los feminismos estuvieron subsumidas a la identificación de los mecanismos a través de los cuales se reproducía la dicotomía naturaleza-cultura. Así, el sentido eminentemente político de esa distinción se revelaba en el llamamiento a señalar de qué modo cada vez que algo era nombrado como natural se mantenían encubiertas las genealogías, las operaciones o las prácticas que habían hecho posible esa construcción: la estrategia, entonces, era activar, donde sea posible, la función desnaturalizante de la crítica feminista.

Este trabajo propone una pregunta acerca de cómo pensamos la materia en algunos feminismos y cuáles son las consecuencias analíticas y políticas de esos abordajes: menos ambiciosamente, explorar bajo qué lógicas se conceptualiza esta cuestión tomando como punto de entrada un debate muy revisitado acerca de lo *meramente cultural*, tratando de pensar cómo podrían darse tensiones y acuerdos entre los feminismos materialistas, las teorías *queer* y los nuevos materialismos. Pretendo identificar, entonces, cuál podría ser la clave de lectura para cierta teoría *queer* y cuáles las distancias con lo que se denominó giro lingüístico, tratando, especialmente, de hacer un rodeo a las discusiones que parecen encallarse en exculpar o acusar a Butler de cierto constructivismo lingüístico radical políticamente ineficaz o ingenuo. Rodeo que hará posible unas reflexiones acerca de elementos teóricos propios de los feminismos materialistas y de la teoría *queer*. Me interesa reponer algunas tensiones que se presentan al pensar lo *meramente cultural* (esas disputas entre el marxismo y el posestructuralismo; el materialismo *vs.* la teoría *queer* y los movimientos sociales *vs.*

movimientos posidentitarios) como modo de identificar qué categorías de *materia* se encuentran disputadas. Por último, sugeriré algunos cruces posibles entre estas aproximaciones a la cuestión para indagar en los alcances y las características de un «nuevo materialismo crítico feminista no fundacionalista» (Martínez, 2021: 3).

En los materialismos existe una polémica acerca de las acusaciones de constructivismo lingüístico que se vierten sobre las teorías queer: algunxs se ocupan de señalar cómo se producen los desplazamientos que acaban por reducir lo material al lenguaje; otrxs por rastrear elementos de un nuevo materialismo. Entiendo —con Barad (2007) y con Haraway (1999)— que es posible una lectura *difractiva* del problema: leerlo abordando las diferencias, pero haciendo sentido con los elementos que se entrecruzan y entrelazan; frente a la reflexión y a la refracción, que reproducen lo mismo pero desplazado, proponer una cartografía de las interferencias. Así, en un primer momento, recorreremos algunas de las claves de la interpretación de Butler sobre lo meramente cultural, para luego pensar cuáles fueron los modos de abordar la cuestión naturaleza-cultura y los legados de la dialéctica marxista para las feministas materialistas. Por último, sobre esas mismas marcas, expondré algunas líneas sobre las que indagar en un feminismo *más allá del giro lingüístico*; en una crítica al posestructuralismo feminista —aquel que puede ser tildado de hiperconstruccionista— que sólo parece habilitar una pregunta en las luchas sociales: cómo impactan las normas culturales en la producción de subjetividades y de corporalidades. Existe un malentendido que me parece estimulante mantener: el de referir con materialismo a materia. Si —como señala Bennett (2022)— la noción marxista de materialidad pareciera tomarse estrechamente como estructuras e intercambios económicos y a estas como el contenido del materialismo, hacer el gesto opuesto y reponer otros sentidos de materialidad también presentes en estas perspectivas (feministas y marxista).

Esta decisión responde a un interés por encontrar herramientas, claves de análisis, marcos a través de los cuales pensar una dimensión asociada a la materia no estructurada, no coherente consigo misma, extralingüística. Con un objetivo quizás más vital, buscar espacios desde los que seguir pensando cómo subvertir esa norma que insiste en re-citarse, en re-aparecer, en performar el género.

§ 2. Butler y la relación materia lenguaje: aquello sobre lo que el lenguaje vacila

En «El marxismo y lo meramente cultural» (2000), Butler desarrolla un argumento que se reitera en trabajos posteriores: frente a la acusación de estar reduciendo la cuestión sexo-genérica a los efectos de la cultura, contrapone la afirmación de que desde su punto de vista las normas culturales son indisociables de sus efectos materiales y viceversa. Esa circularidad entre materia-lenguaje será la guía sobre la cual pensar diálogos entre las distintas perspectivas que enunciaba más arriba.

La idea que articula este pasaje entre lenguaje y materialidad es ampliamente conocida: performatividad. Un sentido particular de la misma que no es el del enunciado performativo —a lo Austin— sino el resultado complejo de la iteración y la cita, operaciones centrales en las lecturas derridianas del tiempo y el orden social: el gesto consiste en rastrear la capacidad del lenguaje de imbricarse con lo que nombramos materia, señalando su historia, su genealogía, sus nexos con las relaciones sociales hegemónicas. Si bien la atención de Butler se centra sobre el lenguaje, existe un resguardo acerca de la posibilidad de producir un desplazamiento del cuerpo:

Cada vez que intento escribir acerca del cuerpo termino escribiendo sobre el lenguaje. Esto no es porque crea que se puede reducir el cuerpo al lenguaje; no se puede. El lenguaje surge del cuerpo y constituye una especie de emisión. El cuerpo es aquello sobre lo cual el lenguaje vacila, y el cuerpo lleva sus propios signos, sus propios significantes, de formas que permanecen en su mayor parte inconscientes. [Butler, 2006: 280]

Sin embargo, como señala Arruzza, Butler se dirime entre una elaboración más derridiana y otra más foucaultiana de la noción de performatividad. Finalmente, debido a cierta preferencia por una exposición abstracta de estas conceptualizaciones, «la dimensión histórica o al menos genealógica de las normas es minimizada de facto, pese a las apelaciones formales a la historicidad, de modo que incluso su análisis de los límites permanece abstracto y mayormente confinado a la dimensión psicoanalítica» (Arruzza, 2017). Aun así, Butler recupera el legado feminista materialista para argumentar en favor de la imbricación entre lo cultural y lo material: es a ellas a quienes les reconoce haberse esforzado por indicar en qué sentido la familia

es parte del modo de producción, así como la producción misma del género es parte de la producción de seres humanos:

Para la posición feminista-socialista de aquella época fue esencial, precisamente, la idea de que la familia no es algo dado naturalmente, y que en la medida en que constituye un orden social específico de las funciones de parentesco, es históricamente contingente y, en principio, susceptible de ser transformada. El debate a lo largo de las décadas de 1970 y 1980 trató de incorporar la reproducción sexual a las condiciones materiales de la existencia, como un elemento característico y constitutivo de la economía política. Así mismo, trató de demostrar cómo la reproducción de personas generizadas, de «hombres» y de «mujeres», dependía de la regulación social de la familia y, en realidad, de la reproducción de la familia heterosexual como lugar de la reproducción de personas heterosexuales aptas para incorporarse a la familia en tanto que forma social. [Butler, 2000: 116]

Ahora bien, reconocer la indisolubilidad o la circularidad entre lenguaje/materia, cultura/naturaleza, materia/cultura, no es suficiente para impedir un desplazamiento de alguno de los términos hacia los márgenes del análisis. Es importante hacer explícito que, en este trabajo, se utiliza un sentido amplio de materia porque es esa amplitud la que permite reunir una serie de debates que, si bien no se refieren de manera específica a las mismas cuestiones, sí se interrogan por los efectos de dar centralidad al problema del lenguaje, la cultura o la construcción social de la naturaleza. Son las acusaciones que bien recoge Butler contra la teoría y el activismo queer —un construccionismo radical que descuida los aspectos materiales de la opresión capitalista— las que sugieren que puede ser necesario reunir estas discusiones bajo una denominación algo inespecífica de materia. Más precisamente, si bien con «vida material» la izquierda ortodoxa —contra la que discute la autora— no remite a la materia orgánica, ni a la biología, ni a las corporalidades —como sí lo hacen otros feminismos— se recurre en ambos casos a una búsqueda de algo más allá del lenguaje que pudiese servir como espacio de agitación, subversión o resistencia.

Con elementos del marxismo, del psicoanálisis, de la deconstrucción y de la genealogía foucaultiana, Butler intentó señalar cómo la heterosexualidad normativa no es un hecho meramente cultural —y, en consecuencia, un elemento superestructural supereditado al desarrollo de la historia de la lucha de clases— sino una dimensión central de la reproducción de la sociedad y de las personas en sentido

global. Sin embargo, al tratar de extrapolar las consecuencias de estas argumentaciones a la pregunta por la materia y el lenguaje, algunas complejidades se vuelven evidentes.

Cuando la materia adquiere un sentido extra-económico —ya no lo material, sino ese algo más allá del lenguaje— Butler piensa el cuerpo. Los enredos entre procesos de significación y procesos de materialización son entonces la clave de lectura del género, del sexo y de los cuerpos sexuados. «Comencé a escribir este libro tratando de considerar la materialidad del cuerpo, pero pronto comprobé que pensar en la materialidad me arrastraba invariablemente a otros terrenos» (Butler, 2012: 11). Si bien advierte la complejidad constitutiva de la relación lenguaje-materia, Butler elige pensar la performatividad del discurso. Los motivos pueden ser varios. En primer lugar, cierta renuencia feminista a confundir una indagación sobre lo que se sustrae del lenguaje —lo que permanece inarticulado— con las lógicas de un biologicismo feminista o un esencialismo biologizante. En segundo lugar, algún sentido táctico: refractar la preferencia histórica de las derechas por apelar al carácter natural de las relaciones sociales para impugnar las resistencias y las políticas queer. En un sentido similar, el compromiso militante de advertir a las izquierdas de aquellas cegueras —de clase, de raza— que los empujan a «la nostalgia de una unidad falsa y excluyente (que) corre pareja a la descalificación de lo cultural, y a un renovado conservadurismo sexual y social» (Butler, 2000: 20). Quizás también, como sostienen algunos nuevos feminismos materialistas, por suponer que no existe nada propiamente político por fuera de la significación social de la relación materia-lenguaje.

Sean estas u otras las motivaciones, me interesa proponer un giro: recentrar el debate; dejar de observar los efectos materiales de la cultura para pensar esos espacios donde no hace efecto, no significa ni se constituye como pura exterioridad. Para salir del callejón sin salida del constructivismo *vs.* el esencialismo, que la misma Butler señala, quisiera reponer brevemente algunos sentidos de la dialéctica feminista materialista, por un lado, y, por otro, adentrarme en los debates más recientes acerca de la materia en los neomaterialismos.

§ 3. Feminismos materialistas: una relación dialéctica entre sociedad y naturaleza

Uno de los gestos más constitutivos de los feminismos materialistas es el de señalar —en un sentido que podríamos adjetivar como muy concreto— cómo la relación

dialéctica entre sociedad y naturaleza se expresa en diferentes momentos históricos (Jaggar, 1983). El legado materialista es recuperado en una clave feminista si pensamos que el marxismo antecede este esfuerzo por negar el dualismo metafísico naturaleza-cultura que es constitutivo de la tradición occidental. Para el marxismo es la praxis la actividad (consciente y decidida) que transforma el mundo material, sin embargo, la especie humana —una entre otras— cambia el mundo no humano y humano, así como el mundo no humano actúa sobre la especie humana. La línea divisoria es el resultado de las prácticas sociales: en ese sentido, la biología aparece no como límite sino como posibilidad (Jaggar, 1983). Esta interpretación, sin embargo, puede ser contrastada con otra perspectiva que lee al marxismo como una forma de colonización de siglo XX; de cosificación o de construcción de la materia como base pre-social de la actividad humana o de antropologización de la naturaleza.

Me interesa pensar cómo una lectura materialista del trabajo procreativo —las herramientas marxistas recuperadas por las feministas— puede darnos algunas pistas sobre cómo pensar un sentido extra-lingüístico de la materia y, como señalaba hace algunas páginas, un registro de lo material que desborde los límites de la economía y los intercambios económicos. En esa clave, me gustaría exponer dos sentidos contenidos en la pregunta que abrimos al principio: el primero, qué es lo material; el segundo, qué podría significar, entonces, la materia.

Pensar *la naturaleza* del sexo (su origen histórico y su dimensión material) es una de las marcas más salientes de las feministas materialistas. Qué es natural en el sexo y qué es social son disparadores a través de los cuales se tramaron estrategias revolucionarias (abolir el género, tomar los medios de reproducción, fugar del régimen heterosexual); se explicaron regímenes de explotación (binarismo sexual como clase social, producción social de feminizadas, reproducción de las relaciones sociales de opresión, etc.) y se abrieron debates con y contra los críticos del capitalismo y del colonialismo (Bolla, 2018). Como existen diferentes corrientes que son nombradas *materialistas*, me parece necesario hacer una aclaración: en este trabajo, no abordaremos las producciones desarrolladas en Estados Unidos, Reino Unido y Australia —el feminismo materialista anglófono— sino las de las feministas francófonas (Bolla, 2018). Esta elección se fundamenta en la ligazón que se produce posteriormente a estas teorizaciones entre la deriva francófona del feminismo materialista y los feminismos

lesbianos que hacen de antecedentes de las teorías *queer/cuir* (Wittig una de sus figuras más influyentes). La intención consiste en explorar la diferencia entre unos feminismos materialistas y otros que también se autodenominan de ese modo, buscando qué podría ser relevante para una conceptualización del problema de lo material y la materia¹. Me interesa pensar al feminismo materialista francófono (FMF) porque nuclea una serie de ideas que permiten aproximarse al sexo señalando su carácter contingente, artificial e histórico, con antelación a las producciones de la teoría queer, del giro lingüístico y de las lecturas constructivistas del sexo-género.

Nombrarse materialistas tiene que ver con una preocupación: poner bajo análisis la cuestión de las bases materiales de la opresión de las mujeres, haciendo foco en las relaciones sociales estructurales, relaciones que —como en el marxismo— son pensadas en un sentido económico. De las feministas materialistas francesas, retomo una línea interna: la antropológica, seguida por Mathieu y Tabet. En 1977, Mathieu escribe un artículo sobre la procreación. Partiendo de ese punto —como harán luego otras feministas materialistas francófonas— encontrará una llave para desmontar un conjunto de prácticas, operaciones y sentidos que naturalizan opresiones de sexo. Mathieu enumera intervenciones sociales sobre la sexualidad, las corporalidades, la vida que tienen como resultado la producción de feminizadas en un sentido que maximiza la reproducción de unas, obstruye la de otras, y garantiza la acumulación capitalista (Falquet, 2022). El sexo se conforma —como clase social— porque existe un acceso desigual a los medios de producción. Este carácter social del sexo no presupone la división naturaleza/cultura, sin embargo, como argumentaré este anti-naturalismo no necesariamente redundante en un construccionismo radical. Tomaré dos elementos presentes en textos recientemente revisados por Tabet que permiten complejizar el dualismo: el análisis de la fertilidad y el de la reproducción.

Dice Tabet que, hace siglos, se habla de la función de las mujeres en la reproducción «como si se tratase de un dato obvio» (2022: 117). En esa naturalización de las relaciones de clase emerge la biología como principio estructurante del orden social. Entre las funciones reproductivas, una de las más constreñidas al hecho biológico, es

¹ Donna Haraway suele referirse a su posición como «feminismo materialista» (Haraway, 1999). El enfoque de Haraway refiere a lo material y a la materia postulando la necesidad de reconceptualizar lo que se entiende por biológico/social.

la procreación. Sin embargo, sostiene Tabet, entre tener la *capacidad* de procrear y procrear, está «la historia de las relaciones sociales de reproducción, de la organización social de la reproducción y, en buena parte, la historia de la reproducción como explotación» (*ib.*: 117). Recurriendo a la antropología, esta feminista materialista fundamenta la hipótesis con una amplia selección de casos donde aparecen mutaciones entre la procreación y las formas de reproducción y crianza dominantes en occidente para, finalmente, describir intervenciones sociales sobre la procreación y la reproducción. Las intervenciones sociales que identifica son variadas: van desde «la utilización directa de las mujeres como animales reproductores» (123) a la conyugalidad y la familia burguesa. ¿En qué sentido son la procreación y la reproducción de la especie impuestos en lugar de, por ejemplo, el tipo de relación que se establece entre gestantes en la crianza o en el trabajo doméstico? Dice Tabet: la dominación de una clase sexual sobre otra se garantiza por la frecuencia y la regularidad de la exposición al coito, así como por la organización social de la exposición al riesgo de embarazo. El punto que nos interesa (porque permite vislumbrar una diferencia entre el régimen material y la materia) es el siguiente:

16

Si las mujeres no están ligadas, por condicionamientos hormonales, a la reproducción; si la biología no las obliga a la procreación y, además, su sexualidad tiende a ser polimorfa y no vinculada a la hipoteca reproductiva ¿cómo se ha obtenido la fuerte especialización reproductiva de la sexualidad femenina? [Tabet, 2022: 123]

Ese polimorfismo que identifica Tabet de la sexualidad —como identifica también esa distancia entre la capacidad de procrear y la procreación— no la conduce a afirmar que sólo hay relaciones sociales de reproducción ni que las corporalidades, los sustratos orgánicos, la biología en su complejidad son construcciones sociales. El movimiento que propone Tabet es el de observar cómo se construyen, enredadas en una materia, si se quiere, socialmente indeterminada, relaciones materiales de opresión sexual. Este matiz, considero, es importante para pensar las limitaciones y los alcances de la genealogía de nuestros debates feministas: desde aquellas acusaciones, bastante popularizadas, de que las teorías y activismos queer fomentan un sentido de las luchas demasiado restringido por la confianza de la fuerza performativa del discurso hasta una lectura de cómo las construcciones sociales son —o pueden ser—

abiertas a la influencia de la potencia y el polimorfismo de la actividad de la materia. En esa clave, recuperar dos afirmaciones sin dicotomizarlas: a) que la clase social de las mujeres no es definida —anti-naturalismo— por la biología sino por las condiciones sociales de la reproducción y de acceso a los recursos y b) que hay algo de la materia (biológica) que se sustrae, que permanece inarticulado por las relaciones hegemónicas de sexo. Esas dos afirmaciones quizás puedan resguardarnos tanto del biologicismo (la tendencia a tomar las relaciones sociales por elementos naturales) como del constructivismo radical (un apego a la relación entre poder y lenguaje que niega la materialidad tanto de las relaciones sociales de opresión como cierta actividad de la materia que escapa a una articulación discursiva de lo social). Recuperar el sentido anti-naturalista del FMF puede significar también una clave para pensar la materia no como una realidad independiente, ni como fundamento o límite de lo social sino como agencia, interrupción, «materialidad vibrante» (Bennett, 2022: 25).

§ 4. Hacia un nuevo materialismo feminista: hostilidad del sustrato biológico, materia vibrante y agencia-ensamblaje

¿En qué sentido podría recuperarse una pregunta por la materia que se mantenga a resguardo del biologicismo, del esencialismo y del constructivismo radical? Me gustaría explorar algunas claves de análisis de este problema a través del trabajo de dos feministas neomaterialistas: Elizabeth Wilson (2021) y Jane Bennett (2022). En un sentido general, los neomaterialismos piensan los ensamblajes complejos de actores, redes y objetos, poniendo en el centro la materia, como ese *algo más allá del lenguaje*, en abierto contraste con el constructivismo butleriano, el posestructuralismo y el pensamiento feminista que prioriza identificar estrategias de desnaturalización y naturalización en el sexo-género. Sin embargo, como bien señala Barad (2007), atender a los procesos, a la actividad de la materia, no supone negar la interdependencia entre materia y cultura, lenguaje y materia. Por el contrario: existe mediación cultural en la biología, la biología está culturalmente mediada. Lo que si resulta, en algún punto, polémico, para los feminismos posestructuralistas, es la invitación a recorrer el camino inverso: hay dimensiones materiales que se entrelazan, que se enredan con lo que nombramos como cultura. Esta afirmación, por supuesto, es capaz de poner a

funcionar, muy rápidamente, ciertas alertas feministas. Quisiera recorrer algunas distancias entre los neomaterialismos y el biologicismo y algunas consecuencias que se desprenden para la teoría política feminista.

Dice Wilson (2021)² que parte de lo que motoriza su trabajo es pensar de qué manera una teoría feminista podría ser menos anti-biológica. Su posicionamiento provoca una interrupción: la autorización teórica que fueron logrando los feminismos hegemónicos se debe, en gran medida, a su antibiologicismo; a una «maraña de antibiologicismo y sofisticación crítica» (Wilson, 2021: 47). Sin embargo, detecta Wilson, «las teorías feministas todavía se basan en una contradicción central: la biología es tanto un requisito previo como políticamente irrelevante. Es periférica a nuestras preocupaciones políticas, pero las afecta peligrosamente» (2021: 72). *Feminismo de las tripas* es una producción teórica compleja, de la que me interesa rescatar sólo una línea, para desarrollar luego algunas de sus consecuencias políticas:

Supongo que la biología y la cultura no son fuerzas antagónicas separadas; que no se puede hacer una elección política entre la agencia biológica y cultural; que la interacción entre biología y cultura (naturaleza y crianza) es una solución inadecuada [...] que la biología no es sinónimo de determinismo y lo social no es sinónimo de transformación. [Wilson, 2021: 53]

La materia biológica en Wilson tiene un carácter particular, que comparte con los neomaterialismos: puede ser «tan perversa y descarriada como cualquier arreglo social, textual, cultural, afectivo, económico, histórico o filosófico» (2021: 75). En esa clave es que se produce el enredo entre materia-lenguaje, materia-cultura: existen sistemas de mutualidad entre estructuras sociales y neuronas, hormonas, genes. Estos sólo en esa relación se cristalizan como entidades biológicas. Una *biología estática e inútil*, en cambio, es el resultado de una argumentación feminista que la construye como posibilidad de una teoría crítica hiperconstructivista. Ese negar agencia a la

² Wilson dialoga con el giro antisocial de la teoría queer recurriendo a argumentos provenientes del análisis de los procesos de la materia. Lo que podría parecer una contradicción irreconciliable se hace posible cuando la noción de materia no reviste, como sostiene Martínez (2021), un sentido fundacionalista. Es decir, si los estudios y activismos queer encontraron en la idea de negatividad radical una forma de hacer de la praxis política algo diferente a la hegemonía, el antagonismo y/o la emancipación; Wilson intenta pensar en los «aspectos destructivos y negativos de la política que no pueden ser reutilizados para buenos fines» (2021: 50).

actividad de la materia es la que hace posible la dicotomía «dominación (¡biología!) y rebelión (¡cultura!)» (2021: 89).

El interés de Wilson es otro: investigar las lógicas de la imbricación. Más precisamente —retomando a Ferenczi— las *materializaciones*. Cómo ciertos estados mentales no se representan en el cuerpo, sino que, por el contrario, efectúan transformaciones materiales y viceversa; cómo el sustrato biológico tiene capacidad «para el placer y la destrucción, para la expresión de los deseos y el pensamiento complejo» (2021: 114).

[...] la biología es una materia extraña, con capacidad de producir tipos de acción (regresiones, perversiones, estrangulamientos, condensaciones, desplazamientos) generalmente atribuidos sólo a sistemas no biológicos. Esta biología no es el sustrato plano (soberano, autoritario, jurídico) visto desde muchos argumentos del feminismo o de las neurohumanidades; es mucho menos dócil al empirismo y la política convencionales. [2021: 118]

Este esfuerzo analítico de Wilson produce también sus enredos con los estudios y activismos queer: la materia que intenta pensar la autora tiene una actividad anti-social, un comportamiento hostil. El sentido político de esta búsqueda es anti-redentorista. No se trata de cómo sería deseable que los sistemas sociales contengan, signifiquen o produzcan una materia biológica menos agresiva o menos negativa. Tampoco encuentra en la materia biológica formas de socialidad encubiertas, ocultas, que pudieran ser objeto de imitación para un orden social *bueno*. En esa clave, se produce un contraste que me parece necesario explorar políticamente. Entre las neomaterialistas, puede vislumbrarse una postura divergente; me gustaría explorarla, muy comprimidamente, a través del trabajo de Bennett (2022).

El proyecto de Bennett reconoce también agencia a la materia, sin embargo, sus objetivos difieren de la anti-socialidad y el anti-redentorismo de las materializaciones de Ferenczi y Wilson. Son tres:

- a) «delinear una ontología positiva de la materia vibrante que en ocasiones tensa hasta un punto crítico los conceptos heredados de agencia, acción y libertad»;
- b) «disolver los binomios onto-teleológicos vida/materia, voluntad/determinación y orgánico/inorgánico utilizando argumentos y otros medios retóricos para

provocar en los cuerpos humanos una apertura estético-afectiva hacia la vitalidad material» y

- c) «esbozar un estilo de análisis político que pueda dar menor cuenta de las contribuciones de los actantes no humanos» (*ib.*: 13).

Contra las teorías del sujeto y sirviéndose de Latour y Deleuze, Bennett desarrolla dos nociones: poder-cosa y actante humano/no-humano. El poder-cosa remite al *conatus* spinoziano, al impulso activo, a la tendencia a persistir. Se trata de un poder de la materialidad que es extraña, que se encuentra en una posición de exterioridad y que, señala la autora, podría traducirse en términos filosóficos a la idea de absoluto; aquello que está suelto y en libertad —*ab* ('de') y *solver* ('soltar')— un algo que no es objeto de conocimiento, algo que se resiste a ser disuelto en el conocimiento humano. Hasta este punto, podría encontrarse una relación de familiaridad con la materia activa de Wilson, sin embargo, estos cuerpos conativos, este poder-cosa, son *sociales*. Su agencia radica en la capacidad de afectar y ser afectado: para Bennett, el poder-cosa radica en esta característica, «los cuerpos aumentan su potencia en o en cuanto que ensamblaje colectivo» (Bennett, 2022: 73). En lugar de la fuerza hostil de la materia biológica, Bennett observa su potencia asociativa. Un actante no es ni un objeto ni un sujeto, sino un *interviniente*: «[...] aquello que, como consecuencia de su particular ubicación dentro de un ensamblaje y de la casualidad de estar en el lugar y en el momento justo, marca la diferencia» (2022: 45).

El materialismo vital de Bennett, según ella misma explicita, «correría en paralelo a un materialismo histórico centrado más exclusivamente en las estructuras económicas y sociales del poder humano» (2022: 151). Ambos comparten una inquietud por cómo se produce esa imbricación entre sistemas sociales y materia: si para el marxismo, la relación entre naturaleza y cultura es dialéctica, para Bennett, la agencia de los actantes se desarrolla en la capacidad mutua de afectación. La preocupación política, el espíritu que anima la reflexión teórica, también puede pensarse como compartida con esa tradición de discurso: «[...] necesitamos tanto de la crítica como de formulaciones positivas de alternativas» (2022: 21). Siguiendo ese derrotero, en los párrafos que siguen, me ocuparé de entretejer algunas reflexiones sobre materia, materialidad y política feminista.

§ 5 Reflexiones finales

Como señala Wilson, la materia biológica ha sido el presupuesto (despolitizado) de la política feminista y su teoría. Este desplazamiento del problema de la materia y su posterior reformulación en los términos de un binarismo materia-lenguaje o de una performatividad del lenguaje que acabó por minimizar la actividad no-humana, consistió en una operación política; en la constitución de un afuera del campo de reflexión, pero también de un espacio paulatinamente negado a la tarea crítica de los feminismos. Sin embargo, es posible exponer algunas claves de lectura de la relación entre la manera en la que la materia es teorizada y sus arrastres, configuraciones y consecuencias políticas.

Con Butler veíamos esa tensión entre la capacidad performativa del lenguaje y el cuerpo como «aquello sobre lo cual el lenguaje vacila» (2006: 280). La elección metodológica y teórica termina, sin embargo, por orientarse a pensar los efectos del lenguaje sobre la materia y los regímenes materiales. Sin embargo, esa afirmación butleriana (el cuerpo como un sistema particular de signos, con sus propios significantes, en formas aún inconscientes) habilita también una lectura inversa. Ese recorrido es el que, por ejemplo, desarrolla Wilson cuando trata de hacer teoría de las materializaciones, postulando la posibilidad de una escritura dinámica presente en la materia biológica. También es esa distancia que aparece al analizar a las antropólogas feministas materialistas entre la actividad social de la crianza y la reproducción y la capacidad biológica de procrear. En ese sentido, intenté una exposición basada en las contradicciones que no tienda a resolverlas sino a señalar cómo las operaciones de simplificación y reduccionismo hacen parte de las estrategias discursivas y políticas de algunos feminismos que orientan su praxis a la transformación y/o a la integración en las estructuras sociales (igualitaristas, reformistas, posidentitarios). Una lectura animada por la difracción, en cambio, hace posible una comprensión más compleja de la agencia, de la historia, del tiempo y del cambio, de la identidad, la diferencia y la repetición.

Las tensiones tienen su productividad política, epistemológica y estratégica. Al pensar la cuestión de la materia y lo material, fueron apareciendo algunos problemas. La construcción social del sexo (aspecto compartido tanto por el construccionismo

social de Butler como por la clase sexual de las materialistas feministas) puede atender más o menos a la cuestión de los medios de reproducción y producción; es decir, a las cuestiones —en tanto régimen material— que están ligadas a la opresión capitalista y/o neoliberal y a su relación con las opresiones sexuales. Los modos en los que esa tensión es resuelta conducen a un análisis que devuelve una jerarquía específica de las luchas sociales: unos movimientos más orientados a la distribución, otros más comprometidos con el reconocimiento. Categorías que, entiendo, no pueden ser desplazadas analíticamente bajo el argumento de la posición de centralidad de la normatividad heterosexual en la economía capitalista. Por lo menos por dos motivos: a) que existen activismos lgbtiq+ movilizadas por un horizonte asimilacionista, de reconocimiento de la diversidad sexual sin transformación de las estructuras de clase y raza y b) que pueden rastrearse los efectos materiales de una racionalidad neoliberal que integra las demandas de libertad sexual en una clave racista y clasista.

En segundo lugar, en los neomaterialismos, la actividad extra-lingüística de la materia no se libra de la pregunta política por el lugar del conflicto, el consenso y el orden social deseable. La tensión entre una concepción anti-social de la materia y una noción asociativa de su poder supone modos diferentes de observar la cuestión, aunque no se restablezca el binarismo naturaleza-cultura. Ambos posicionamientos podrían redundar en formas de antropomorfismo que acaben por dar a la materia un sentido anti-social o uno asociativo de acuerdo a las concepciones teórico-políticas que impregnan y dan sentido al activismo feminista y queer. En un derrotero aún peor, por antropomorfizar el sustrato biológico hasta convertirlo en el fundamento ético de un orden social justo o bueno. Sin embargo, el movimiento en los esquemas de pensamiento feminista que produce este desplazamiento de la cultura a las materializaciones, de los enredos entre categorías de análisis y los sustratos biológicos, puede provocar también cierta vigilancia epistémica sobre esas tentaciones, habida cuenta de la capacidad de afectación mutua entre ambos registros y de la indeterminación material y simbólica de las resistencias.

En ese sentido, sostener las tensiones, tender a explorarlas más que a su síntesis, podría suponer una salida creativa a las dicotomías, los binarismos y las jerarquías que provocan construcciones de sujeto que niegan la agencia, la capacidad de actuar de lo indeterminado, de lo que no se somete a las lógicas del antagonismo y la oposición.

Una propuesta teórica y política que no obligue a librar batallas culturales o a buscar fundamentos últimos en los sistemas biológicos o económicos, sino que piense la imbricación no sólo de la materia y el lenguaje, sino de las relaciones de clase, raza y género con una materia activa, vital, capaz de hacer aparecer lo nuevo.

Bibliografía

- Arruzza, Cinzia (2017), «El género como temporalidad social: Butler (y Marx)», en *Posiciones, Revista de Debate Estratégico*, 163, 16/11. <<https://www.revistaposiciones.cl/2017/11/16/163/>> Ed. or. *Historical Materialism*, vol. 23, n.º 1, 2015, 28-52.
- Barad, Karen (2007), *Meeting the Universe Halfway. Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Durham/Londres, Duke University Press.
- Bennett, Jane (2022), *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bolla, Luisina (2018), «Cartografías feministas materialistas: relecturas heterodoxas del marxismo», en *Nómadas*, n.º 48. Universidad Central. Departamento de Investigaciones, 117-133. <<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/87070>>
- Butler, Judith (2012), *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith (2006), *Deshacer el género*. Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith (2000), «El marxismo y lo meramente cultural» en *New Left Review* (ed. en español), n.º 2, 109-122 <<https://newleftreview.es/issues/2/articles/judith-butler-el-marxismo-y-lo-meramente-cultural.pdf>>. Ed. or. «Merely cultural», en *Social Text*, 52-53, 1997 y *NLR*, 227, enero-febrero de 1998.
- Falquet, Jules (2017), «Paola Tabet: desnaturalizando radicalmente la situación de las mujeres», en Tabet, Paola, *Los dedos cortados. Feminismo materialista y división sexual del trabajo*. Buenos Aires, Madreselva.
- Haraway, Donna (1999), «La promesa de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles», en *Política y Sociedad*, n.º 30, 121-163 [1991].
- Jaggar, Alison (1983), *Feminist politics and human nature*. Rowman & Littlefield.
- Martínez, Ariel (pról.) (2021), «Feminismo, psicoanálisis y biología: diálogos desde un nuevo materialismo crítico feminista no fundacionalista», en Wilson, Elizabeth A., *Feminismo de las tripas*. La Plata, Club Hem Editores.
- Tabet, Paola (2022), *Los dedos cortados. Feminismo materialista y división sexual del trabajo*. Buenos Aires, Madreselva.
- Wilson, Elizabeth A. (2021), *Feminismo de las tripas*. La Plata, Club Hem Editores.
- Wittig, Monique (2005), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid, Egales.

